

Contenido

<i>Colaboradores</i>	7
<i>Presentación</i>	11
Francisco J. Alarcos Martínez	
<i>Vida</i>	15
José María Galán González-Serna	
<i>Identidad</i>	51
Francisco J. Alarcos Martínez	
<i>Sentido</i>	79
José García Férez	
<i>Valores</i>	143
Francisco J. Alarcos Martínez	
José García Férez	
<i>Autonomía</i>	181
Eduardo López Azpitarte	
<i>Alteridad</i>	219
José Serafín Béjar Bacas	
<i>Sexualidad-amor</i>	245
Eduardo López Azpitarte	
<i>Temporalidad</i>	285
Antonio M. Martín Morillas	

<i>Espiritualidad</i>	329
José Serafín Béjar Bacas	
<i>Trascendencia</i>	361
Antonio M. Martín Morillas	

Presentación

Francisco J. Alarcos Martínez

La vida humana está irremediabilmente inacabada desde su inicio hasta su final. Gracias a ese carácter incompleto, tenemos una biografía que construir, una tarea intransferible por realizar. En la construcción personal hay algunos elementos determinantes para que se logre o malogre la existencia. El proyecto de este libro es presentar diez términos fundamentales a tener en cuenta y en los que sostener tal construcción.

Quizá la historia de la humanidad puede dividirse en etapas sustancialmente diferentes atendiendo a las maneras como se ha articulado la construcción de la identidad personal. No es la pretensión de esta obra recorrer ese itinerario histórico. Sin embargo, sí parece que estamos inmersos en unos de esos cambios de época. Hasta no hace mucho, la construcción de la biografía personal se articulaba atendiendo a modelos de reproducción. Se trataba de reproducir existencialmente aquellos elementos que se recibían fundamentalmente en la familia, la escuela, la sociedad y la Iglesia. Por lo menos en Occidente, y en nuestro país en particular, los grandes parámetros desde los que se construía la existencia eran éstos. No es menos cierto tampoco que las formas más arcaicas o tribales carecían de este problema. En la tribu, el yo individual se disolvía en el nosotros grupal. Era menos problema construirse en la tribu de hace unos miles de años que en la actualidad. Pero también era menos costoso construirse hace unas décadas

reproduciendo modelos socialmente establecidos. En una sociedad que tenía claros los patrones de lo que cada uno debe ser y del papel que ha de jugar, de lo único que se debe encargarse cada cual es de que se repitan. En nuestros días, esto ya es imposible. Ahora cada uno ha de hacerse, ha de construirse, y la gran novedad es que ya no puede ser por reproducción —hay tantos y tan variados patrones que necesitaríamos varias vidas—, sino por experimentación. Construirse tanteando, experimentando, parece que es el nuevo modelo. Ya no basta incluso con conocer diferentes modelos. Sólo serán incorporados aquellos elementos que, siendo pasados por el tamiz de la experiencia, se descubran como valiosos. La configuración de la identidad de cada uno parece que necesita en la actualidad más de experiencias que de exigencias. Lo exigido, aunque se haga, si no es experimentado como valioso difícilmente se incorporará a la estructura de la personalidad. Es más, me atrevería a decir que será expulsado de ella inexorablemente.

Este salto cualitativo va configurando un modo de aprender a ser que pasa por devorar todo tipo de experiencias. No ha de negarse nada que pueda ser valioso si se experimenta como tal. Aparece así un nuevo modo de construcción personal, semejante a un supermercado en el que ofertan todo tipo de experiencias que se pueden saborear antes de ser adquiridas e incorporadas vitalmente. Quien no experimente no será capaz de configurarse existencialmente. Además, hay que hacerlo rápido, a velocidad casi de vértigo, pues como son tantas las cosas por vivir y como el tiempo vuela, nos podemos quedar sin la que sería crucial para dotar de sentido a nuestra existencia. Esto lleva a una ausencia de poso y de reposo. Sólo se descansa para volver a experimentar, no para saborear y ponderar lo vivido. Se va de experiencia en experiencia sin que nada significativo quede en el fondo de cada uno.

Lo que a continuación se aborda en este texto son realidades que, por reproducción o por experimentación, parece que forman parte de la estructura más profunda del ser humano y que necesitan ser resueltas. El término *vida*, elaborado por José María Galán, es el punto de partida. No hay construcción personal si no hay vida en la que sostenerla. Sobre ella configuramos una *identidad*, cuestión que abordo yo mismo, desde una clave narrativa. ¿Quién soy? es una pregunta que va más lejos del mero ¿qué soy? El *sentido* aparece ineluctablemente imbricado a ese interrogante que plantea José García Férrez. Los dos abordamos el término *valores*, pues parece hartamente difícil encontrar sentido sin configurar un mundo de valores. Eduardo López Azpitarte trata la *autonomía*, concepto que posee un calado ineludible en nuestro tiempo y sin el que es imposible construirse responsablemente. Pero la libertad no es posible sin un marco de relación; por eso, Serafín Béjar plantea la *alteridad*. Cada uno llegamos a ser gracias a la relación con los demás, y esas relaciones están sostenidas en nuestra condición sexual. Somos y estamos en el mundo configurados por nuestra *sexualidad*, como lo propone López Azpitarte cuando desarrolla este término. Pero, además, estamos abocados a construirnos en un tiempo finito. La *temporalidad* es parte de nuestra condición y hay que considerarla, como hace Antonio Martín Morillas, parte de nuestra esencia. Esa misma condición es la que nos abre a preguntas que van más allá de nosotros mismos y se articulan en torno a la *trascendencia*, que también plantea él. Otras veces, esas preguntas ahondan en nosotros, en nuestro propio misterio, impregnando la existencia de *espiritualidad*, como indica Serafín Béjar.

El origen y el deseo de este texto es contribuir a que la empresa más noble que tenemos los humanos, la de llegar a ser lo que estamos llamados a ser, pueda ser lograda. Quiero agradecer al

lector el interés por sí mismo, al adentrarse en las páginas que siguen. Y a los colaboradores, su esfuerzo por mostrar elementos que puedan ayudar al lector a ser él mismo.

Vida

José María Galán González-Serna

Introducción

La cultura universal nos invita a considerar la vida como una cuestión esencial. La vida como fenómeno experimentable ha sido en toda época y lugar motivo de preguntas diversas para la humanidad.

Ciertamente, la literatura, el arte en general, se refiere a “vida” como la subjetividad de lo vivido por los seres humanos. La vida subjetiva es una realidad de la que somos conscientes. Desde lo más objetivo también se descubren sus límites: “Ser o no ser, he ahí la cuestión”. Unamuno nos apuntaba la dinamicidad del término: “La vida no es, se hace; se hace cada día, momento a momento”.

Más aún, la vida se autodefende. Incluso los animales poseen el denominado instinto vital, por el que defienden su vida ante agresiones externas. Los animales luchan por vivir. Esta percepción subjetiva de la propia vida se soporta sobre la vida biológica. También los vegetales trabajan por sobrevivir, aunque no hagan consciente su estado vital.

Una de las características de la vida es que tiende a perpetuarse, a ser constante, continuada en el tiempo. El ser humano, el hombre y la mujer, se saben vivos, se conocen con la capacidad de reconocerse un principio, un pasado, un presente